

filosofar. Quitando horas al descanso, Koennenkampff ha realizado, sin embargo, una labor literaria de mérito que el Premio «Atenea» que ahora le ha discernido la Universidad de Concepción, subraya con estricta justicia. Los lectores de «Atenea» conocen ya la labor de este escritor, pues Koennenkampff es uno de nuestros colaboradores más asiduos.

<https://doi.org/10.29393/At146-196CDLB10196>

Las letras brasileñas en la América española

El conocido escritor brasileño Cristóbal de Camargo acaba de publicar en el diario «O Jornal», de Río de Janeiro, el artículo que damos a continuación, en el que apunta algunas observaciones muy exactas sobre el desconocimiento que hay en los países hispanoamericanos de sus respectivas producciones literarias y científicas.

Las agudas palabras del publicista brasileño, pueden aplicarse muy justamente a Chile.

Vengo desolado de Buenos Aires, a causa del poco conocimiento que por allá tienen de nuestros hombres de letras y de nuestros libros.

Cierto es, también, que entre nosotros existe por lo general una candorosa ignorancia de todo cuanto se escribe en el resto de América.

Nos familiarizamos con magníficas mediocridades europeas, especialmente francesas y no sabemos que nuestros vecinos han publicado obras excelentes, de fuerte savia americana y que pueden compararse con las mejores obras que en su género se han publicado en el mundo.

Desde el manoseado Anatole France que conocemos en todos sus gestos y posiciones, hasta en pantuflas, escritor convencional y amanerado, con algo de dandy melindroso y cuya obra peinada, bruñida, tanto nos habla a nuestra sensibilidad tropical como su erotismo senil, sus hazañas de viejo presumido, perseguidor de todo cuanto eran polleras, goloso de *midinettes*, como su compatriota Víctor Hugo lo era de criadas de servicio, hasta el aguado Bourget o ese vulgarísimo Marcel Prevost, quizás más leídos y estimados entre nosotros que un Daudet y un Flaubert o un Mau-pasant.

Gozamos con cuanto panfleto envía Francia *aux méfis de l'atas* y probablemente no conocemos esa estupenda «Doña Bárbara» del venezolano Rómulo Gallegos, ya en su novena edición. Nunca oímos hablar de

«La vorágine», novela colombiana de Eustasio Rivera, drama punzante de los caucheros de la selva amazónica, los manuscritos de Arturo Cova, guardados por el cónsul de Colombia en Manaos, libro que a nosotros, brasileños, nos toca tan de cerca.

Es inútil para nosotros que un Arguedas, en «Raza de bronce», un Jorge Icaza en «Huasipungo» nos pinten, con sangre de emoción, la tragedia del indio boliviano y ecuatoriano, explotado y embrutecidos por el egoísmo del blanco; que un Reyles en «El embrujo de Sevilla», y un Edwards Bello en «El chileno en Madrid», nos hablen de la España pintoresca, de la España típica de las procesiones y de las corridas de toros, de su entereza racial, de su orgullo patriótico, de su valor y de su generosidad. Todo eso es inútil, porque nosotros, embrujados por lo bueno y lo malo que nos envía París no vemos el magnífico esfuerzo hecho por los escritores de la América latina.

Me ocurrió algo curioso con los libros de Reyles y Edwards Bello, algo que seguramente le ha ocurrido a otros. Me hicieron querer a España con mayor intensidad que los libros españoles, incluso los de Blasco Ibáñez. Encontré en ellos más vibración, un colorido más intenso, una seguridad descriptiva y un vigor de evocación mayor que en los propios novelistas españoles.

Aquí, cerca de nosotros, en Argentina, Ricardo Güiraldes en «Don Segundo Sombra» nos habla de la epopeya de las pampas interminables, perdidas en una lejana perspectiva, con fascinante poesía y allá, en el norte, Azuela nos conmueve con la tragedia revolucionaria de México,

En Chile, en los Andes y en la costa, Mariano Latorre nos talla en granito andino sus héroes de «Cuna de cóndores» y sus campesinos de «Zurzulita», como Joaquín Edwards Bello interpreta la trágica soledad del *roto* o en «Criollos en París» pinta a los chilenos que dejan su tierra y viven una vida ociosa y parasitaria en Francia. Hay en Edwards Bello algo de Eça de Queiroz. Tiene su mágico poder evocativo y como el otro, se apodera de nuestra imaginación, es dictador de nuestra sensibilidad y nos hace pensar que nada hay más allá de lo que él ha pensado y ha logrado realizar.

En Brasil no tenemos noticias de eso. Y el público hispanoamericano se venga en forma inconsciente de esa indiferencia, ignorándonos también, por completo. No es preciso ir a Santiago y a Asunción, subir a Quito e ir a Caracas o a Bogotá. Aquí mismo, en la frontera, en Montevideo o en Buenos Aires, se comentan y se leen las grandes novelas continentales, los libros de Reyles, Güiraldes, Larreta o los de Edwards Bello, Latorre o Eustasio Rivera, conocidos por uruguayos, argentinos y chilenos.

Me atreví a hablar de «Inocencia», el bello romance de Taunay y todos

me oyeron extrañados, pensando que la *inocencia* era mía al creer que existía un ser humano que hubiese oído hablar de esa historia. Y puedo asegurar que el libro de Taunay puede figurar entre las grandes novelas de la tierra americana y con la agravante de haberse publicado y leído en Brasil, mucho antes que las novelas americanas que acabo de citar.

La obra de aproximación política que se ha iniciado hace poco es, sin duda, interesante, pero ni diplomáticos ni políticos ni agentes comerciantes ni jugadores de foot-ball serán los que hagan conocido y amado al Brasil en la Argentina ni a la Argentina en el Brasil. Hablo de Argentina, pero pienso en las otras repúblicas de Hispano América.

La labor obscura y convencional de la diplomacia, a pesar del esfuerzo de algunos funcionarios, no tiene importancia para lo que estamos diciendo. No será la cortesía hermética de los embajadores, ni las polainas y corbatas vistosas de los secretarios de Legación las que efectúen una labor apreciable. Ni por los pies ni por el estómago, se aproximan los pueblos y aprenden a estimarse, a Dios gracias, sino por el espíritu.

Ahora, ¿cómo puede ser eficiente el trabajo de los hombres que entre nosotros, viven del espíritu si todos sus esfuerzos van a chocar contra la muralla china que rodea todas las fronteras del Brasil?

Nadie conoce «Inocencia», la obra de Taunay, en América ni las novelas de Alencar, ni las de Aluizio Azevedo, ni los prosadores ni los poetas, ni los viejos ni los recientes. Nada, en una palabra.

Existe una vaga idea, en restringidos círculos intelectuales, de un vago escritor que escribió una cosa vaga, titulada «Os sertoes» (sin tilde) y de que Machado de Assís era sólo un jefe de sección de un Ministerio cualquiera. Y nada más.

La lengua portuguesa es poco accesible a los hispanoamericanos, pero no reside en esto el gran obstáculo, sino en la absoluta falta de interés del Gobierno por las cosas del espíritu y en la displicencia de nuestros inefables editores.

Nada le importa al Gobierno que sean conocidos nuestros intelectuales fuera del Brasil. Apenas si se acuerda de algunos de ellos para un cargo diplomático o para una representación en congresos internacionales y cuando lo hace, es porque se ha olvidado que el elegido es hombre de letras.

En cuanto a las casas editoriales, sé que de Buenos Aires les han pedido repetidamente libros brasileños sin que nunca obtuviesen respuesta favorable.

Los intelectuales del Plata han manifestado el deseo de conocer nuestros libros, aun en el idioma original, pero el problema estriba en que esos libros lleguen a Buenos Aires. Y estoy seguro que el día en que en las

vitriñas de la calle Florida, apareciese un libro brasileño, se produciría una conmoción sísmica en la ciudad.

La diferencia de idioma, sin ser el obstáculo máximo, es seguramente una dificultad insalvable.

Octavio Mangabeira, hombre inteligente y con una lúcida visión del problema de nuestra expansión intelectual, intentó salvar la dificultad, encomendando al escritor español, Francisco Villaespesa la traducción de algunas de las mejores páginas que se han producido en el Brasil. El poeta bohemio con esa paradójica capacidad de trabajo que fué siempre para mí un misterio, tradujo luminosamente (según la opinión de los autores traducidos y según pude comprobarlo personalmente con algunas cosas mías) páginas para varios volúmenes que debían ser editados en España y esparcidos por el mundo ibérico. Dependía el éxito de la empresa de la ayuda económica del Gobierno, pero la caída de Mangabeira del Ministerio, hizo fracasar el proyecto y ahí quedará archivado quizá cuanto tiempo, tal vez para siempre, la oportunidad de ser conocidos fuera del Brasil por lo único que honra verdaderamente a los hombres: la cultura.—CRISTÓBAL DE CAMARGO.

Revistas

En Mendoza edita Ricardo Tudela, el conocido escritor argentino, ardiente amigo de Chile y del cual damos en este número un hermoso trabajo, un boletín poético que él titula: «Oeste». Contiene este número un ensayo de indiscutible interés *El hecho poético*, que refleja una preocupación honda y un severo análisis de la poesía en el momento actual. La edición de este boletín está hecha con esmero y elegancia.

Nos llegan también de Buenos Aires los cuadernos *Fábula* que dirige el joven escritor Marcos Fingerit, ediciones de poesía y prosa novísima seleccionada entre escritores de las nuevas promociones y *Columna*, una buena revista literaria que dirige César Tiempo.

Fermín Estrella Gutiérrez publica trimestralmente un boletín informativo y crítico en que se analizan libros e ideas. Este boletín, cuyo título es *Norte* está íntegramente escrito por Estrella Gutiérrez que es uno de los buenos poetas argentinos